

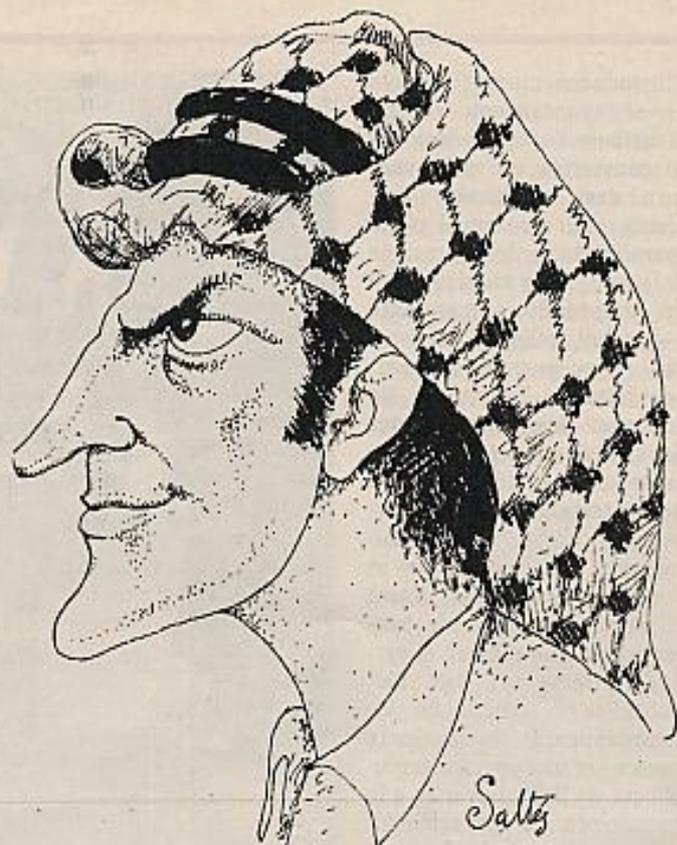
# El "paso español": Arafat y Suárez

**EDUARDO HARO TECGLÉN**

**A**RAFAT, representante máximo de la Organización de Liberación de Palestina, ha tenido en España una recepción equivalente a la de un jefe de Gobierno, en medio de una pequeña tempestad, quizá más controlada de lo que parece, en el interior y en el exterior. El acontecimiento tiene dos aspectos concomitantes: uno, el que se refiere a la política exterior española; otro, el ascenso rápido de la OLP en el campo de las relaciones internacionales: la visita a España y su espectáculo son un paso considerable en ese progreso.

A la política exterior española le está faltando una explicación amplia y profunda. Como, en general, a todos los actos del Gobierno. No por falta de palabras, que los ministros y sus portavoces suelen utilizar con mucha abundancia, sino porque esas palabras no descubren nunca hechos concretos, tendencias, proyectos. La excepcionalidad de la recepción a Yasser Arafat no es un caso aislado. Es, o parece ser, la continuación de una política de aproximación, siempre con espectáculo —es decir, de una manera más visible que los contactos diplomáticos normales—, a los países del Tercer Mundo. Sin rehuir los extremos, a lo que se considera como extremos por el conservadurismo oficial de Occidente: Castro y Arafat. Sin hurtar el compromiso del propio presidente del Gobierno, visitante de Suárez y receptor de Arafat: el propio Suárez que visitó Argelia y tuvo su contacto —"de partido a partido"— con el Frente Polisario. Hay, al mismo tiempo, otras aproximaciones más sencillas o más comprometidas: las formas de ayuda y contactos directos con Nicaragua, la

acción en Guinea Ecuatorial, la relación con el Pacto Andino. Y la presencia en la Conferencia de No Alineados de La Habana, con la matización de cualidad de "nación invitada". Todo esto conduce a algo. Desde luego, arrebatada temas —internacionales— a la izquierda. Y aterroriza a la derecha; o sirve a la derecha como base para su permanente campaña antigubernamental. El control de esta tempestad parece que está garantizado. La sorprendente actitud del señor Fraga Iribarne es muy característica. Se niega a entrevistarse con Arafat y pronuncia uno de sus famosos exabruptos, fruto de su brusquedad, de su política temperamental —"talante", gustaba de decir—: "Me sublevo ante su presencia en nuestro país, que ya sufre bastante con su propio terrorismo para importar oficialmente otro". Mientras las abundantes sublevaciones del señor Fraga sean verbales, pase. Pero al mismo tiempo matiza que su partido "está de acuerdo con una política de amistad con los países árabes y defiende el cumplimiento de las resoluciones de las Naciones Unidas para resolver el conflicto palestino"; la realidad es que el cumplimiento de las resoluciones de la ONU y la amistad con los países árabes pasan hoy, inevitablemente, por Arafat. La "confusión" de esta visita "incumbe únicamente al Gobierno de UCD". Lo característico de estas declaraciones es que la derecha, aun tan colaborante con el Gobierno como lo es Coalición Democrática, deja que las manos sucias —desde su óptica— de una política que aprovechan y de la que se benefician sean las de UCD. Todos los argumentos generales de la derecha, aparte de la malévolta necedad de



complicar a Arafat con la representación del terrorismo, se centran en lo que se considera un despegue de la política de Occidente. Léase de Estados Unidos. Es el Gobierno de los Estados Unidos el que conduce directamente la política de hostilidad abierta contra Arafat y la OLP, contra Fidel Castro y Cuba. Insistentemente, los representantes de la política exterior española —entre ellos el ministro de Asuntos Exteriores, Marcelino Oreja— repiten que la vocación occidentalista de España y su amistad con los Estados Unidos no varían; incluso dejan traslucir que el tema de la OTAN está más o menos decidido. Hay bastantes razones para creer que es así, aunque convenga insistir en que el tema de la OTAN no puede pasar con tanta facilidad. Hay razones especulativas para creer que toda esta acción de España aproximándose al Tercer Mundo debe estar incluida en una política general de Occidente. La idea de que España se aparta de los Estados Unidos es descabellada, entre otras cosas porque no puede. Nadie puede hacerlo en el grupo de países en el que España está incluida: y si no perte-

necé a la OTAN, los acuerdos militares con los Estados Unidos, y sus contrapartidas económicas, son prácticamente tan fuertes como la pertenencia al bloque armado. Puede que estemos dentro de una operación de mucha mayor envergadura entre Occidente y el Tercer Mundo, y que España esté representando un determinado papel que la beneficie a ella y que beneficie al "mundo" en el que está incluida. Con una ilusión que sin duda alberga el presidente Suárez —de quien la croniquilla política dice que está llevando personalmente la política exterior—: la de creador de puentes, la de buscador de soluciones. La de buscar un mejor entendimiento entre esos países de punta del revolucionarismo del Tercer Mundo y las organizaciones internacionales y europeas.

Porque —y ese es el segundo aspecto de la cuestión— la OLP tiene hoy más fuerza que nunca en el mundo. Han ocurrido algunos acontecimientos que le han dado esa fuerza. Uno, primordial, es el manejo del petróleo como arma. Podemos convenir sin más análisis en que el juego escasez-

alza de precios del petróleo pertenece a una gran manipulación que no está sirviendo a los pobres, sino a los ricos, que las grandes compañías están inflando sus beneficios; pero esa es una segunda forma de una realidad concreta, que es el importante manejo del petróleo como arma por parte de los países árabes, su nueva e importante riqueza, y el condicionamiento de la administración del petróleo —como materia y como dinero— en favor del movimiento palestino. Un segundo acontecimiento es el de la revolución nacionalista-religiosa en el Irán y su capacidad de expansión: toca el Pakistán, Afghanistan y se introduce cada día más en los países islámicos. Al margen de las consideraciones morales, éticas, que merezca la actuación de Jomeini —todas negativas—, no se puede ignorar que su capacidad de

ejemplo, de reivindicación, de revolución posible, ha penetrado profundamente en todos los pueblos subyugados, y muy especialmente en los de la misma religión y una raza paralela. El tercer acontecimiento es el resultado negativo de los acuerdos entre Israel y Egipto: no han producido la paz que ingenuamente Carter esperaba; no han calmado, sino que han enrarecido la situación en todo el Oriente árabe. Los tres hechos favorecen notablemente la causa palestina, a la OLP como su representante admitido —por las Naciones Unidas, por muchos países del bloque occidental; desde luego, por el Este europeo—, y a Arafat como el jefe que ha sabido unificar el movimiento, darle este peso internacional y esta audiencia en la que el paso máximo es la visita a España con características externas de jefe de Gobierno. Uno de sus lo-

gos principales es, precisamente, el de mitigar el terrorismo, que en un momento fue un lenguaje de desesperación, pero que finalmente era una rémora para la causa. Aparte del continuo movimiento de Arafat, hay un par de hechos que le consolidan. Uno ha sido el "incidente Young": el hecho de que el embajador de Estados Unidos haya tenido entrevistas con representantes de la OLP. Se puede hasta sospechar que no actuaba por su cuenta y que estaba de antemano dispuesto a recibir el supuesto castigo por su audacia: pero que era una audacia controlada. Este incidente ha abierto por primera vez un hueco a la OLP en Estados Unidos: el tema tabú ha desbordado los controles israelíes, y el tema de la política proisraelí de Estados Unidos se ha discutido abiertamente. Otro hecho importante ha sido la aparición en Madrid, para entrevistarse con Arafat —otro espectáculo: abrazos y besos ante los fotógrafos—, del arzobispo católico de Jerusalén —rito malequita—, monseñor Hilario Capucci. Capucci, encarcelado en tiempos por Israel, acusado del transporte de armas para los palestinos del interior, es un personaje en la Santa Sede, que intercedió para su indulto y en cuyo nombre atiende a los católicos de su rito. Puede ocurrir que su viaje para ver a Arafat sea un acto personal, y probablemente el Vaticano se declare al margen de la cuestión; ya lo hizo cuando Capucci asistió a una asamblea del Consejo Palestino. Pero es difícil aceptar que esté en realidad actuando fuera de sus superiores, fuera de un orden jerárquico más estricto, sobre todo desde el pontificado de Wojtyła, al que se atribuyen, entre tantas cosas, un distanciamiento de los judíos. Como tampoco se puede olvidar la presencia de muchos católicos en las organizaciones de la resistencia palestina (aunque, concretamente, y por otras razones, los católicos maronitas del Líbano formen parte

del grupo adverso a los musulmanes y colaboren con Israel).

Parece que el presidente del Gobierno está mucho más arropado en esta acción —y en las otras tercermundistas— de lo que se dice. Parece que la audacia está tan controlada como la tempestad. Podría incluso tener un desenlace —a la larga— inesperado, como el de servir de pretexto para un reconocimiento de facto de Israel, aunque en este caso fueran otros los que recordaran que Mehanem Begin, gentes de su Gobierno y de las Fuerzas Armadas y la Policía de su país fueron terroristas militantes y practicantes en la época de la fundación de su país. Hay toda una campaña en ese sentido, y la conduce sobre todo la Comunidad Judía y la Federación Judía en España: un grupo de presión que no tiene inconveniente en hacer ver su interés por un país extranjero, y en dejar señalar que por huir del boicot árabe del petróleo, España puede caer en el de los grandes capitales judíos del mundo. Y es una realidad. El reconocimiento de Israel, muchas veces defendido por partidos de izquierda —y no fue uno de los hechos menos curiosos de la visita de Arafat a Múgica Herzog, de la Comisión Gestora del PSOE, judío y frecuente defensor de Israel, en plena cordialidad con el líder palestino—, es cuestión de tiempo, y formará parte de una política realista. Cualquiera de las soluciones que se busquen y se hallen para el problema palestino servirá en tanto que Israel sea admitido como un Estado que existe y que no va a dejar de existir, a menos que una gran guerra cambie los mapas de todo el mundo.

El "paso español" es, por lo tanto, enormemente positivo para Arafat y la OLP; puede ser efectivamente el principio de una serie de acontecimientos mundiales que flexionen la situación general. Importa que, dado este paso, España no lo pierda. Y que toda esta ola de política tercermundista tenga un sentido real. ■

El "paso español" es enormemente positivo para Arafat y la OLP: puede ser el principio de una serie de acontecimientos mundiales que flexionen la situación general.

